

Que no dejas sin castigo  
Ningun crimen en la vida !  
La ley calla, el mundo olvida ;  
Mas ¿quién sacude tu yugo ?  
Al Sumo Hacedor le plugo  
Que á solas con el pecado,  
Fueses tú para el culpado  
Delator, juez y verdugo.

## LA SELVA OSCURA

---

### CANTO I.

DANTE.

*Al bajar la pendiente de la vida,  
Me hallé de pronto en una selva oscura  
Agreste y sin vereda conocida (1).*

Turbado y lleno de mortal pavura,  
Seguí marchando á tientas y sin tino  
Al traves de la lóbrega espesura.

Brisa otoñal, en raudo remolino,  
Las hojas de los árboles movía  
Y alfombraba con ellas mi camino.

No sé por qué mi corazón creía  
Que con las mustias y amarillas hojas  
Llevaba el viento la esperanza mía.

Dejando impresas las señales rojas  
De mis desnudos pies ensangrentados,  
Y avanzando entre sustos y congojas,

Intenté ver si por opuestos lados  
Fácil salida al laberinto hallaba,  
Y venturoso fin á mis cuidados.

Pero á medida que en la selva entraba  
Iba siendo su aspecto más salvaje,  
Y más profusa, impenetrable y brava.

¡Cuántas veces el áspero ramaje  
Hiriéndome al pasar con golpe duro,  
Me arrancó sordo grito de coraje,

Sin que templaran mi dolor agudo  
Ni el silencioso bosque, ni el sombrío  
Cielo, ni el eco á mis clamores mudo !

Asaltóme el terror, y á pesar mío  
Volcóse mi asombrado pensamiento,  
Como se vuelca el ánfora de un río,

Poblando, en su febril desbordamiento,  
De monstruos la espesísima arboleda  
Y de rumores el callado viento.

Tibio fulgor, cuyo recuerdo aún queda,  
Fijo en el alma, del tropel liviano,  
Iluminaba la bullente rueda,

Cual la luz que en las noches de verano  
Serpentea con lívido destello  
Sobre la sepultura y el pantano.

Tenaz angustia se enroscó á mi cuello  
Y conturbó mi juicio de tal modo,  
Que de pavor se me erizó el cabello.

Desvanecido ya, ciego del todo  
Y acometido por las sombras, iba  
Tropezando do quier como un beodo,

Hasta que al fin, agitacion tan viva  
Rindió mis fuerzas y caí, cual duro  
Roble que el huracan troncha y derriba.

Cuánto, en el bosque tétrico y oscuro,  
Postrado estuve y frío como el hielo,  
Inútilmente recordar procuro.

Sé que al volver en mí con hondo anhelo,  
Desesperando del auxilio humano,  
Alcé los brazos y la vista al cielo ;

Que busqué en mi memoria de cristiano  
La fe de mi piadosa adolescencia,  
Y que pugué por alcanzarla en vano.

¡Oh cielo, que alumbraste mi inocencia,  
De candorosas ilusiones lleno  
En tu infinita y pura transparencia !

¡Oh cielo azul, espléndido y sereno,  
Patria inmortal del ánimo que aspira  
A dilatarse en tu profundo seno !

¡Cuanto has cambiado para mí... ¡Mentira!  
Tú no cambias jamas. ¡Siempre tu esfera  
Es del color del alma que la mira !

— ¡Por qué se asusta el ave pasajera  
Que con vuelo imprudente y atrevido  
A incógnita region partió ligera,

Si cuando torna al bosque en que ha nacido  
Tal vez arrepentida y fatigada,  
No encuentra ya su abandonado nido? —

De pronto, traspasando la enramada  
Sin conmover las hojas, como suave  
Rayo de luna en noche sosegada,

Llegó un anciano á mí, pausado y grave,  
Mostrando la serena compostura  
Que sólo en almas superiores cabe.

Prestaban majestad á su figura  
El lauro de oro en la anchurosa frente,  
Y la talar y roja vestidura.

Avanzó con el firme continente  
De quien no cede á la pasión tirana,  
Ni el torpe miedo del peligro siente,

Rasgando con su vista soberana  
La densa oscuridad, como avezado  
A penetrar en la conciencia humana,

Y á ver hasta en el pecho más cerrado  
La insomne incertidumbre del delito  
Y la muda vergüenza del pecado.

Mi respeto es mayor cuando medito  
En su semblante rígido y severo  
Por las vigiliás y el dolor marchito;

Cuando animar con mis memorias quiero,  
Si no la noble imágen, el esbozo  
De aquella ilustre sombra que venero;

De boca reprimida, extraña al gozo,  
Como empeñada en detener el paso  
A justa maldición y hondo sollozo;

De aguileña nariz, de rostro raso  
Y enjuto, de mirada penetrante  
Como una espada, y tan temida acaso (2).

Lleno de admiración vile delante  
De mí, lloré, con voz conmovedora  
Grité, cayendo prosternado : — ¡Oh Dante!

Y á este nombre la turba aterradora  
De fantasmas huyó cual los insanos  
Sueños al leve rayo de la aurora.

Señor — tendiendo las crispadas manos  
Exclamé con afán: — préstame auxilio,  
Que me pierdo en tinieblas y en arcanos.

—Haré por tí cuanto en mi largo exilio —  
Me contestó con reposado acento —  
Hizo por mí la sombra de Virgilio (3).

Será grande y terrible tu tormento  
Antes que el sol á iluminarte vuelva,  
Porque aquí se desgarrá el pensamiento.

Pero al amargo trance te resuelva  
La sentencia fatal de que en la vida  
Todos pasamos por la *selva oscura*.

¡Todos pasamos, sí! Y es á medida  
Que de su freno la razón se exime,  
Más angosta y difícil la salida.

Aquí se desespera, aquí se gime,  
Aquí se llora sangre, aquí el quebranto  
De las pasadas culpas nos redime.

Aquí no tienen en su eterno espanto,  
Ni olor las flores, ni rumor las fuentes,  
Ni las medrosas avecillas canto.

Ya verás cuando avances, cómo sientes  
Bajo el tremendo golpe de la pena,  
Crujir tus huesos y chocar tus dientes.

Aquí el aire es infecto y envenena,  
Hiel el agua que bebes; aquí el hombre  
Llega á dudar de Dios y se condena. —

— ¡Oh! — receloso pregunté — ¿qué nombre  
Tiene esta horrible selva en que me veo?  
¿Á do podré mirar que no me asombre? —

Y cuando así expresaba mi deseo,  
Sentíme herido de terror extraño,  
Como en presencia de su juez el reo.

— ¿No has conocido ya para tu daño —  
Respondiome el Maestro — que caminas  
Por la selva mortal del Desengaño?

¿No te lo han revelado las espinas  
Que ensengrientan tus piés, y el grave peso  
De los recuerdos bajo el cual te inclinas?

No esperes que con lánguido embeleso  
Las jóvenes y alegres ilusiones  
Impriman en tu faz su ardiente beso.

No esperes que con himnos y canciones  
Aduerman tu virtud, ni con infames  
Halagos den calor á tus pasiones.

Es inútil que grites y derrames  
El llanto acerbo que tu rostro escalda.  
¡ Huyeron ! No vendrán, aunque las llames.

Cuando tocamos en la agreste falda  
De la vejez, impuras meretrices,  
Todas nos vuelven con desden la espalda.

! Ay ! Bienaventurados y felices  
Los que al llegar al término forzoso  
Que con estéril cólera maldices ;

Cuando por todas partes el frondoso  
Bosque sus pasos embaraza y cierra,  
Y no encuentran la dicha ni el reposo ;

Cuando, como despojos de la guerra,  
Van dejando en la linde del camino  
Las breves alegrías de la tierra,

Y el hombre fatigado peregrino,  
Hacia el negro sepulcro avanza á oscuras  
Sin saber dónde va, ni por qué vino ;

No pierden en las agrias cortaduras  
Del escabroso monte de la vida,  
Sino sus miserables vestiduras,

Y llevan hasta el fin de la partida  
La luz, que el mundo al infortunio niega  
En su propia conciencia recogida !

Esa luz, cuando el ánimo se entrega  
Á la insaciable duda, con su escaso  
Fulgor, si no le alumbra, no le ciega,

Y semejante al sol en el ocaso,  
No esparce ya la claridad del día,  
Pero á la negra noche estorba el paso.

Ténue es su resplandor ; mas él nos guía  
Cuando abatido el corazon despierta  
En la intrincada y azarosa vía.

¡ Triste de aquel que á conservar no acierta  
Viva esa luz y arrastra desolado  
Al traves de la vida el alma muerta !

Que es como el asesino condenado  
Á marchar siempre en lobreguez envuelto.  
Con su inocente víctima cargado. —

— ¡ Oh Dante ! — preguntéle apenas vuelto,  
De mi estupor. — Y tu pasión, aún vive ? —  
— ¡ Vive y no morirá ! — dijo resuelto.

Con mayor fuerza su impresion recibe  
Mi espíritu inmortal, hoy que no siente  
Deleznable interes que le captive. —

Dijo, dobló la pensativa frente,  
Guardó silencio y sin hablar marchamos  
Largo trecho por la áspera pendiente.

Delante de él los retorcidos ramos  
De corpulentos árboles se abrían,  
Y sin molestia ni dolor pasamos.

Pero despues con ímpetu volvían  
Á entrelazarse como espesa malla,  
Y dijérase á veces que gemían,

Ó que surgía de la inculca valla  
Que tras nosotros se cerraba, el ruido  
Temeroso de un campo de batalla.

Súbito, con acento enternecido  
Clamó alzando la frente; — ¡Oh casto sueño,  
Nunca logrado y siempre perseguido !

¡ Oh Beatriz, que con tenaz empeño  
Busco en vida y en muerte ? ¡ Oh tú que fuiste  
Y serás siempre mi imposible dueño !

¿ Quién á su encanto celestial resiste ?  
¿ Quién, sin amarla y someterse, mira  
Su faz á un tiempo esplendorosa y triste ?

¿ Quién por volver á verla no suspira ?  
Cómo olvidar su pudibunda sombra  
Si ante mí sin cesar irradia y gira ?

Cuando la humana confusion me asombra  
Y vacila mi fe, su imágen bella  
Con angélica voz me alienta y nombra.

Y vamos ambos por la misma huella.  
Los círculos celestes recorriendo,  
Ella en pos de la luz, y yo tras ella — (4).

— Padre — dije : — perdona si pretendo  
Penetrar atrevido el hondo arcano  
De esa inmortal pasión que no comprendo.

Unió tu sentimiento soberano  
Las excelencias del amor divino  
Y las miserias del amor humano.

Á una mujer te encadenó tu sino  
Y extático la amaste, hasta el momento  
En que la muerte á devorarla vino.

Cayó como la flor que troncha el viento ;  
Pero al perder su túnica terrena  
Hirió con nueva luz tu entendimiento.

Sigues tras la vision que te enajena  
Con incansable afán ; mas ¿ de que modo  
Obra en tí la pasión ? ¿ Es gozo ? ¿ Es pena ?

¿ Amas la carne vil ? ¿ Amas el lodo ?  
¿ O bien la esencia incorruptible y santa  
Del alma libre ? — Y respondiome : — ¡ Todo !

La eterna aspiración que nos encanta  
Y llega á Dios como impalpable nube,  
Del fango de la vida se levanta.

Escala es de Jacob por donde sube  
Nuestro dolor, en busca de consuelo,  
A las altas esferas en que estuve.

Es un gemido que remonta el vuelo  
A la excelsa region de la esperanza,  
Es la nostalgia mística del cielo.

— Señor — repuse: — mi razon no alcanza  
A entender los misterios que me dices,  
Y más se ofusca, cuanto más avanza.

— Sabrás, sin que tu ingenio martirices  
Lo que tu mente conocer no pudo. —  
Y así hablando, sentóse en las raíces

Salientes y rugosas de un desnudo  
Tronco, fantasma de la selva umbría,  
Ante el cual desbordado, pero mudo,  
Ancho rio de lágrimas corria.

---

CANTO II.

BEATRIZ.

Con su profundo pensamiento fijo  
En más prósperos tiempos y lugares,  
Dante Alighiere suspirando, dijo :

— ¡Recordar es vivir! Paternos lares,  
Sueños de amor, quiméricos anhelos,  
Rápidos goces, íntimos pesares,

Luchas de la ambicion, traidores celos,  
Sorda inquietud del alma que se pierde  
Sin hallar el camino de los cielos ;

Horas de insomnio en que voraz nos muerde  
La duda el corazon, breve alegria,  
¡Desgraciado de aquel que no os recuerde !

La memoria es el faro que nos guía  
Por el humano mar embravecido,  
Desde la cuna hasta la tumba fría.

¿Dónde la vida está del que ha tenido  
La lobreguez del porvenir delante,  
Si deja tras sus pasos el olvido?

¡Ay! Ya que ignora el pobre navegante  
El puerto á donde va, conozca al ménos  
Los que ha tocado, náufrago y errante.

En los días alegres y serenos  
De mi fugaz y hermosa primavera,  
Á la malicia y el engaño ajenos,

Fué cuando Beatriz, que también era  
Niña inocente en noble hogar nacida,  
Rindió mi voluntad por vez primera.

¿Qué fuerza superior, nunca sentida,  
Pudo unirnos con lazos tan estrechos  
En los castos albores de la vida?

Resguardaba la infancia nuestro pecho,  
Como resguarda á la ciudad el muro  
Contra torpe invasor, siempre en acecho.

Nuestra mútua ignorancia era un seguro  
Inexpugnable, misterioso y santo,  
Cerrado á todo pensamiento impuro.

¿Cómo ceder pudimos al encanto  
De una pasión en la niñez ignota,  
Y cómo en nuestras almas creció tanto?

¿No viste el manantial que gota á gota  
La peña horada, y rumoroso emprende  
Su curso desde el risco en donde brota,

Que va creciendo al paso que desciende,  
Hasta que al fin, con desatado brío  
Por la vega sus márgenes extiende?

Pues decir puedo que su amor y el mío  
Aumentaron también con la distancia,  
Como el arroyo al trasformarse en río.

Aquel dulce cariño de la infancia  
Encerró mi ventura, como encierra  
El virginal capullo su fragancia.

Hasta creo, y mi espíritu se aferra  
Á tan grata ilusión, que desde el cielo  
Amándonos bajamos á la tierra.

Bien sé que cubre impenetrable velo,  
Negro como la noche, la memoria  
De las gemelas almas sin consuelo,

Que durante su estancia transitoria  
Por nuestro valle de dolor, olvidan  
Su eden perdido y su pasada gloria.



Mas Dios permite á veces que coincidan  
En un mismo recuerdo, y se den cuenta  
De los misterios que en su fondo anidan.

Es fugitiva ráfaga que ahuyenta  
Las sombras de su mente, como el rayo  
Rompe la oscuridad de la tormenta.

Hoy que mi vista inmaterial explayo  
En plena luz desde la excelsa cumbre  
Á do llegué tras mi postrer desmayo,

Mi duda se convierte en certidumbre,  
Y sé que fuimos al cruzar el mundo  
Como dos chispas de la misma lumbre.

¿Dónde amor más patético y profundo  
Que el nuestro encontrarás, ni cuál ha sido  
Tan tímido, callado y pudibundo ?

Siempre mi pensamiento confundido  
Llegó sin voz hasta los piés de aquella  
Que me robaba el alma y el sentido.

Jamas oyó la cándida doncella,  
Concepto alguno, que asomar los rojos  
Matices del pudor hiciese en ella.

Mis penas, mis afanes, mis antojos,  
Mis secretas zozobras expresaba  
Con el mudo lenguaje de los ojos,

Y sin hablar, sin que mi lengua esclava  
De ruin temor, se aventurase al ruego,  
Ella mi puro amor adivinaba.

Postrábame mortal desasosiego  
Ante la majestad de su hermosura  
Que me dejaba trastornado y ciego.

Pero despues, cuando la noche oscura  
De rutilantes astros coronada,  
Excitaba mi fiebre y mi locura ;

Cuando solo en mi hogar, con la mirada  
Fija en el ancho espacio tenebroso,  
Do esplendía la imágen de mi amada,

Buscaba en el silencio y el reposo  
Lenitivo á mi mal, ¡cuán tristes quejas  
Exhalaba mi pecho congojoso !

Como al panal acuden las abejas,  
Volaban á Beatriz mis pensamientos  
Al traves de los muros y las rejjas,

Y en la noche callada, en los momentos  
En que soltaba sus cabellos de oro,  
Turbaban su quietud vagos acentos.

Era quizas que en invencible coro  
Mis ardientes suspiros á su lado  
Revolaban diciéndole : — ¡Te adoro ! —

Alguna vez en mi infeliz estado  
La voz del corazón secreta y honda,  
Gritaba : — ¡Valor! que eres amado ;

Mas no cobarde tu pasión se esconda,  
Ni quieras que la virgen inocente  
A tu silencio, impúdica, responda.

Entonces, llena de ilusión la mente,  
De Beatriz á la mansión cercana  
Animoso corría y diligente.

Pero al llegar al pie de su ventana,  
Confuso y sin valor retrocedía  
Diciendo ;—¡Es pronto! Volveré mañana.—

Y no lució jamás propicio el día  
Para mi amor que atormentado y preso  
En mí, como un Titan, se revolvía.

Quizá sin la flaqueza que confieso,  
Se fundieran en éxtasis divino  
Nuestras dos existencias en un beso.

Mas ¡ay! que un día inesperado vino  
A dejarme la muerte pavorosa  
Solo y triste en mitad de mi camino.

Aquella faz purísima y hermosa  
Que formaron en hora afortunada  
La nieve en competencia con la rosa;

Aquella casta frente, urna sagrada  
De virtud y de amor, aquellos ojos  
Claros como la luz de la alborada;

Aquel seno gentil, aquellos rojos  
Labios, que con su púdica sonrisa  
Templaban el rigor de mis enojos;

Aquella voz que trémula, indecisa,  
Llegaba á mi como lejano canto  
De la noche, en las alas de la brisa;

Todo al compás de mi abundoso llanto,  
Pasó ante mí como fugaz centella,  
Y aún pienso en aquel día con espanto

La muerte misma la encontró tan bella.  
Que al trasplantarla á mundos superiores  
Su hálito destructor no imprimió en ella.

Yo la ví á los siniestros resplandores  
De blanco cirio, al parecer dormida,  
La sien orlada de olorosas flores,

Y en su apacible faz descolorida  
Posé temblando un ósculo... ¡el primero  
Y único beso que le dí en mi vida!

¡Ay! cómo pude resistir al fiero  
Y rudo embate de tan dura prueba,  
Ni lo he sabido, ni saberlo quiero,

Porque el pesar que amortiguado lleva,  
Mas no extinguido el corazón, es llaga  
Que al calor del recuerdo se renueva.

Bajo el influjo de mi suerte aciaga  
Caminaba al azar y sin concierto,  
Como loco infeliz que absorto vaga.

El mundo estaba para mí desierto,  
Sin luz el sol, naturaleza muda,  
Y yo no acongojado, sino muerto,

Porque no vive el alma que desnuda  
De todo bien, frenética se lanza  
En los negros abismos de la duda.

¡Cuán desgraciado fui! Mas ¿dó no alcanza  
La clemencia de Dios que nos envía  
Tras la sorda tormenta la bonanza?

Una noche de insomnio y agonía  
En que arrastrado por la indócil ola  
Del dolor, retorciéndome gemía;

Cuando más ciega, abandonada y sola  
Pugnaba mi razón contra la pena  
En que la fe del hombre se acrisola,

La imagen de Beatrix, dulce y serena  
Apareció á mis ojos de improvisó,  
De celestiales resplandores llena.

Dios, de mis ansias apiadado, quiso  
Poner fin á mi inmensa pesadumbre  
Con aquella Vision del Paraíso.

Rodeada de ráfagas de lumbre  
Y envuelta en su flotante vestidura,  
Sin mancha, como nieve de la cumbre,

Bajó hasta mí la virginal figura  
Para alumbrar mi espíritu sombrío  
Con un rayo de angélica ternura.

Tres veces, en mi loco desvarío,  
Convulso incorporándome en el lecho,  
Quise abrazarla y abracé el vacío,

Y de su imagen al traves, deshecho  
En un raudal de lágrimas, tres veces  
Sentí caer mis brazos sobre el pecho.

— El cielo, oyendo tus continuas preces,  
— Exclamó la Vision — volverte anhela  
El perdido reposo que apeteces,

Y torno á tí, como afanosa vuela  
El ave errante al silencioso nido  
Donde el esposo, sin ventura, vela.

Porque en el seno de la gloria ha sido,  
Pensando en tu aflicción, triste mi estancia,  
Y turbada su paz con mi gemido.

Cediendo compasiva á tu constancia,  
Que no pudieron quebrantar la suerte,  
Ni el tiempo, ni el rigor, ni la distancia;

Como en debido premio acudo á verte  
Y por orden altísima te digo  
*Que tu amor ha triunfado de la muerte.*

Con luz del cielo á esclarecer me obligo  
Tu espíritu gigante, y por do quiera  
Que vayas, siempre me verás contigo.

Cuando sigas la senda verdadera,  
— ¡Avanza! — te diré — que el bien nos guía; —  
Y cuando empieces á dudar : — ¡ Espera! —

Y tu alma, en mi amorosa compañía,  
Subira más porque tendrá dos alas  
Para elevarse á Dios : tu fe y la mía.

Vestiré para tí nupciales galas,  
Seré tu esposa mística, y mi mano  
Te sostendrá en el mundo, si resbalas.

Te mostraré lo incógnito, lo arcano,  
Tu mente llegará donde no pudo  
Llegar jamás el pensamiento humano,

Y unida á tí por invisible nudo,  
En las recias batallas de la vida  
Tú la espada serás, y yo el escudo. —

Esto dijo, y su voz siempre querida,  
Vibró en mi corazón, como las notas  
De un arpa por los ángeles tañida.

Despertaron en mí fuerzas ignotas :  
Sentí al impulso de su acento tierno  
Las ligaduras de mi carne rotas,

Y tras pasé las puertas del *infierno*,  
Y con espanto ví de los precitos  
La fiera angustia y el suplicio eterno ;

Y horripilado percibí los gritos  
Que arrancaba á las almas pecadoras  
La tremenda expiacion de sus delitos.

Y cuando en aquel antro sin auroras,  
Cerrado para siempre á la esperanza,  
Donde son siglos de dolor las horas,

Invencible y tenaz desconfianza  
Sujetaba mis piés, ó el terror ciego  
Que nunca el hombre á dominar alcanza,

Virgilio, mi mentor, uniendo al ruego  
El nombre de Beatriz, romper me hacia  
Olas de sangre y límites de fuego (5).

Mas no tan sólo en la region sombría  
Del llanto penetré : siempre guiado  
Por mis sueños de amor y poesía,

Subí tambien al círculo apartado  
Donde las almas con ferviente anhelo  
Esperan el perdón de su pecado ;

Y léjos ya de la mansion del duelo,  
Visité, libre de temor impuro,  
Las esferas espléndidas del cielo. —

Dijo Dante, y alzándose del duro  
Tronco emprendió de nuevo la jornada  
Con ánimo resuelto y pié seguro.

Yo, en lucha misteriosa y prolongada  
Con el mudo tropel de mis ideas,  
Al través le seguí de la enramada.

De repente exclamó : — ¡ Bendita seas,  
Santa ilusión que nuestra pobre vida  
Dignificas, levantas y hermoseas !

Sin tí, nuestra conciencia sumergida  
En tenebroso y perdurable encierro,  
Gimiera en un abismo sin salida.

Sólo por tí, mi voluntad de hierro  
Pudo sufrir la adversidad terrena  
Y no morir de angustia en el destierro.

Sostenido por tí, subí sin pena,  
Pero no sin orgullo, los peldaños  
Tan tristes ¡ ay ! de la escalera ajena.

Y en la rauda corriente de mis años,  
Soporté con firmeza soberana  
La injusticia de propios y de extraños.

¡ Ay ! Si al hundirme en la miseria humana,  
No columbrara en lontananza el puerto  
Y la costa segura, aunque lejana ;

Si en medio del mundano desconcierto  
No hubiese á veces mi razón confusa  
Entrevisto el oasis del desierto ;

Privado de la paz que no rehusa  
Á las almas la fe, tú hubieras sido  
¡ Oh desesperación ! mi única Musa. —

Yo seguía escuchando embebecido  
Las austeras palabras del Maestro,  
Mi pasada inquietud dando al olvido.

El bosque, á cada instante más siniestro  
Se presentaba, y la escabrosa ruta  
Más estrecha y hostil al paso nuestro.

Paró por fin mi marcha irresoluta,  
Salvando de improviso los abrojos  
Que la boca cerraban de una gruta,

Feroz pantera, cuyos turbios ojos  
Relucían inquietos en la densa  
Oscuridad, como carbones rojos.

Rasgando el aire con su voz inmensa,  
Cual si estuviese contra mí en acecho,  
Descuidado cogíome y sin defensa.

Su aguda zarpa destrozó mi pecho,  
Grité azorado, y á mi propio grito  
Desperté, revolcándome en el lecho.

— ¡Luz, dadme luz! — clamé con infinito  
Afan, con el afan del moribundo  
Á quien mira su culpa de hito en hito.

— Sin el vivo calor, sin el fecundo  
Rayo de la ilusion consoladora,  
¿Qué fuera de la vida y qué del mundo?

¡Léjos de mí las sombras que á deshora  
Llenan de espanto la conciencia humana! —  
Y al decir esto, penetró la aurora  
En torrentes de luz por mi ventana.

## NOTAS

### I

Este terceto es casi traduccion de aquel tan conocido con que Dante empieza su *Divina Comedia*: *Nel mezzo del camin di nostra vita, etc.* He puesto al frente de mi trabajos estos versos del ilustre poeta florentino, movido por un sentimiento de respeto á su gloriosa memoria, como el pobre hidalgo de lugar que ha venido á ménos y ya nada vale ni significa, conserva, sin embargo, con religioso amor, en la portada de su ruinosa casa solariega, el antiguo escudo señorial.

Mi poema da principio en la *negra selva*, en que al rayar en la mitad de la vida, supone Dante, haberse hallado de improviso apartado del camino recto; y su sencilla accion se desenvuelve en el lugar y el espacio que median desde que él se encuentra inesperadamente en el bosque espantoso hasta que le asalta una pantera, interceptándole el paso.

Siguiendo el simbolismo de Dante, aunque sin la seguridad de haber acertado en la interpretacion, he representado en la *oscura selva* esa triste edad de la vida, próxima á la vejez, en

que las ilusiones y esperanzas caen marchitas del corazón, como las hojas secas de los árboles, arrancadas por el viento de Otoño, y en que la vegetación del alma, — permitaseme la metáfora aunque peque de atrevida, — es decir, la renovación de sus afectos perdidos y de su dicha soñada, es muy difícil, cuando no del todo imposible.

II

Dante, cuyo retrato he procurado trazar en estos versos, acercándome al más parecido que de él se conserva y que, si no estoy trascordado, es obra de Domingo de Michelino, nació en Florencia el año de 1265, y era descendiente de una antigua familia güelfa. Desde muy joven, fiel al partido que habían abrazado sus padres, sirvió á la República en magistraturas y embajadas, y combatió por ella en Capaldino y en Caprona. Las divisiones de los güelfos y las viscositudes de su patria le llevaron al destierro, y en él murió cerca de Ravena, en 1321.

Hombre de carácter firme y entero, se resistió constantemente, á pesar del vivo y natural deseo que le aguijoneaba de volver á Florencia, á dar, para conseguirlo, paso alguno humillante y vergonzoso. Habría podido regresar á su patria, donde ya, como en toda Italia, era célebre y admirado, si hubiera querido prestarse á las dos condiciones que le imponían: el pago de una multa módica y la sumisión á varias ceremonias religiosas que envolvían una especie de retractación; pero Dante se negó diciendo que si para entrar en Florencia no había otro camino, ré-

nunciaba para siempre á volver á su país natal. Y en efecto, ántes que acceder á lo que se le exigía, prefirió andar errante hasta el fin de su vida por Francia é Inglaterra, y principalmente por diversas ciudades de Italia, aprendiendo por experiencia propia cuán amargo es el pan que de otro se recibe y cuán triste es subir á la escalera ajena.

*Come sa disale*

*Lo pane altrui é com' e duro calle*  
*Lo scendere é il salir per l' altrui scale.*

PARAISO, canto xvii.

Dante, con el trascurso del tiempo, sufrió en sus opiniones políticas. Empezó siendo güelfo y concluyó gibelino. Amaba ardientemente la libertad de Florencia; pero avergonzado del repugnante espectáculo que entónces ofrecían los mil tiranuelos que desgarraban el seno de las repúblicas italianas, no creía posible ni segura la libertad, sino bajo el amparo y predominio del emperador de Alemania. La profunda transformación por que habían pasado sus ideas, aparece claramente en su libro de *Monarchia* y en los cantos vi y vii del *Purgatorio*.

III

Virgilio es el mentor del gran poeta italiano en su viaje por el *Infierno*, y no le abandona ni se separa de él sino á la entrada del *Paraíso*. Cuando penetran ambos en el primer círculo del espanto, donde están suspendidas encima del abismo las grandes sombras de la antigüedad,

Beatriz descendiendo á ellos desde las alturas del cielo y dirigiéndose á Virgilio, le pide que defienda y guie á aquel á quien ella llama con suavísimo acento: *l'amico mio*. De esta suerte, y por medio de alegoría tan delicada, el Amor pone á Dante bajo el amparo de la Poesía.

#### IV

Nueve años había cumplido Dante, cuando estando un día de Mayo en la morada de un amigo de su padre, de la familia de los Portinari, vió por primera vez á Beatriz, hija del dueño de la casa, que tenía once meses ménos que el egregio poeta y que había de ser la inagotable fuente de su inspiración. « Al aparecerse á mis ojos con nobilísimo aspecto — refiere Dante en su *Vita nuova* — vestida de color rojo, humilde y honesta, ceñida graciosamente y cual convenia á sus tiernos años, el espíritu vital que reside en lo más escondido del corazón, comenzó á latir con gran fuerza en mi pecho, y recibí honda impresión todo mi sér cual si yo interiormente me dijera: « hé aquí una criatura superior á mí que viene á imponérseme. » Este amor prematuro que han sentido también otros grandes poetas, y casi en nuestros tiempos lord Byron, enamorado en la infancia de una niña de su misma edad, nunca perdió en Dante el carácter de ideal y contemplativo que debía conducirle á la austeridad y á la gloria. A los nueve años de esta primera entrevista, es decir, cuando él tenía diez y ocho y Beatriz diez y siete cumplidos, volvió á ver á su amada en compañía de dos gentiles damas de más edad que ella, « ves-

tida de blanquísima túnica. » Saludóle dulcemente, lo cual trasportó al poeta á los últimos términos de la beatitud, y como oyese entónces por vez primera el timbre de su voz, embargóle tan viva turbación — según él mismo cuenta — que retirándose á un rincón oscuro de su estancia, se entregó á los más tiernos pensamientos de gratitud y amor. Algunos años despues encontróla de nuevo en su camino; pero herida Beatriz por la sospecha de ciertos juveniles devaneos que se le atribuían, al pasar cerca de él, le negó el saludo, cuyo desvío produjo tan intenso dolor en el ánimo del poeta, « que huyendo de las gentes regó la tierra con llanto amarguísimo y quedó largo rato como aletargado. »

No referiré todos los incidentes de la vida íntima de Dante, porque no caben en los estrechos límites de una nota, y porque siendo además muy conocidos, no son necesarios para la inteligencia de mi poema. Baste decir que tímido é irresoluto, quizás por la potencia misma de su contenida pasión, jamás pudo ver á Beatriz sin sentirse profundamente alterado. Cierto día, habiéndola hallado impensadamente en casa de unas amigas, le asaltó tan extraordinario temblor y quedó tan fuera de sí, que las damas conocieron su secreto y aumentaron su confusión con maliciosas sonrisas y cuchicheos.

Así pasaron los años sin que hubiera mudanza alguna en los sentimientos de Dante, hasta que Beatriz murió en la flor de su edad, el 2 de Julio de 1290. El dolor del poeta no tuvo límites; la ciudad de Florencia, desprovista de cuanto constituía su encanto y esplendor, le parecia una viuda. Escribió sentidas poesías á la santa memoria de Beatriz, en su alabanza y glorificación, impregnadas del espíritu místico y



simbólico que es uno de los rasgos más característicos de su genio, hasta que un día tuvo una vision maravillosa, cuyos pormenores calla, y en la cual, segun dice en la *Vita nuova*, « fue testigo de cosas tales, que formó el propósito de guardar silencio sobre todo lo concerniente á aquella alma bienavenrurada, miéntras no pudiese hablar en términos dignos. » « Para lograrlo, añade, he estudiado sin cesar, y espero decir de ella lo que no se ha dicho jamas de otra alguna. »

De este modo anuncia, catorce ó quince años ántes, su poema del *Infierno* el *Purgatorio* y el *Paraiso*, lleno todo él de Beatriz, que despues de muerta siguió siendo, como habia sido en vida, dueño absoluto del alma del poeta.

La relacion de estos castos é inmortales amores, cuyo sentido alegórico ha dado siempre márgen á curiosas y profundas interpretaciones, sirve de base, como verá el lector, á mi poema, *La selva oscura*, y singularmente á su segundo canto.

V

Dante, á quien, como he dicho en otra nota, acompaña Virgilio en su peregrinacion por el *Infierno*, y luego Stacio, poeta cristiano que se une á ellos y no los deja hasta la salida del *Purgatorio*, tiene siempre presente la idea ó la imágen purísima de Beatriz, á cuyo nombre, con frecuencia invocado, se allanan ó desaparecen los obstáculos que encuentra en su camino. Cuando en el canto *xxviii* del *Purgatorio*, halla delante, cerrándole el paso, una muralla de

fuego, Dante retrocede espantado, pero Virgilio le dice: « Mira, hijo mio, que esa muralla se interpone entre Beatriz y tú. »

*Or vedi figlio,  
Trá Beatrice è te è questo muro,*

y al oír esto, se arroja sin vacilar en medio de las llamas.

Siéntese sofocado por el calor del mar de lumbré que le envuelve, y entónces el glorioso poeta latino háblale de nuevo de Beatriz para confortar su espíritu atribulado, diciéndole estas tiernas y consoladoras palabras: « Ya me parece que estoy viendo sus ojos. »

*Gli occhi suoi già veder parme.*

Traspuestas las dos mansiones del dolor, el *Infierno* y el *Purgatorio*, Beatriz es la única que conduce á Dante, y quien le arrebatá de círculo en círculo para que guste de los celestiales goces é inefables alegrías del *Paraiso*.